

Comentario

Waldo Rojas: Deber de urbanidad

Destacado poeta chileno de la promoción de los sesenta y residente en París, producto de un exilio prolongado que por ello casi deja de serlo. Autor entre otros de *Agua removida* (1963), *Príncipe de naipes* (1966), *Cielorraso* (1971) y *El puente oculto* (1981). En libros anteriores había evidenciado una preferencia marcada por el mundo itálico, lo que nos hacía suponer una opción identitaria, además de una opción poética que acusaba una suerte de traspaso de pertenencia y de adopción de un destino poético vinculado a valores como la meditación en torno a las ruinas, a las fuentes, a elementos narratológicos que denotaban a Italia como un paradigma vital. Esto nos llamaba la atención puesto que el autor parecía pasar por alto su lugar de residencia, aun cuando la opción poética puede hacerlo y posicionarse o posesionarse antes de un espacio imaginario, ficcional o libresco.

Atendido esto pareciera que este libro pone las cosas

en su lugar. A eso alude el título: *deber de cortesía* del poeta que responde poniendo su atención en la ciudad que lo ha acogido, pero a eso se suma la noción de urbanidad, que atiende al catastro de la habitabilidad, del comportamiento de la ciudad en cuanto materia y espacio de vida.

Waldo Rojas es sin duda uno de nuestros poetas más profesionales y rigurosos. Profesional en el sentido de respeto por lo que hace, un quehacer que implica estudio, ocupación, lecturas, atención crítica. Es un lúcido lector de Díaz Casanueva, de Enrique Lihn, de Gonzalo Millán, además de traductor de Francis Ponge. Su rigor se manifiesta en la destilada manera de entregar sus libros, infrecuentes, escuetos, delgados. Quizás él mismo no disfrute de muchos lectores, por eso difícilmente profesional en el sen-

tido de vivir de esto.

Paradójicamente Waldo hace clases de historia en una universidad francesa, pero además sigue atentamente la trayectoria de su amigo Raúl Ruiz, lo acompaña críticamente, ha traducido su *Poética del cine*. Todos estos datos no son irrelevantes a la hora de calibrar su poesía. No está ausente de ella la historia, pero de modo muy críptico, en una suerte de impronta narrativa, alusión a designios y a pactos. Pero también lo visual del cine, incluso interviniendo en cierto conato de secuencialidad dinámica de la portada. Piernas, pies que se desplazan y que recuerdan el fetichismo tanto de Buñuel como de Truffaut, por cierto me excuso si esto es casual.

Deber de urbanidad es un homenaje a la ciudad junto al Sena, homenaje a la ciudad fluvial ante todo, acotación mar-

cadora como excluyente, marcadora de una condición hidrológica y heracliteana de su poética, porque sino podríamos incluso pensar en lugares comunes, en los poemas como meras adiciones postales de un álbum de los recuerdos. Ciertamente el poeta ha corrido ese riesgo al derivar su libro de un deber, no de una conversión azarosa o de un producto natural. Deber que legítima, sino le exige cierto rigor, al menos le impone un catastro significativo de lugares. No podemos dejar de pensar en una superposición: Santiago y el Mapocho, ahora que hasta el agua se ha mojado, como dijo una pobladora. Sí, hay en su formulación la huella de un recuerdo o el recuerdo de una huella: "Tu premura habrá olvidado la lentitud de los otoños", un trastrueque que también ocurre a nivel léxico, puesto que si bien el poema menta octubre, se titula *Brumario*, se ha suscrito al tiempo de la revolución, al tiempo reinventado. Es curioso, leo también una nostalgia por algo que no fue. Lo dice un título: "Daguerrotipo con fondo de barricada". También la revolución y la comuna laten aún en ese escenario hoy vacío:

"Bajo la cifra de tiempos sin aurora que decida de su alma

arde el fustigar de hoguera inoqua de la ropa tendida en los balcones

a guisa de banderas de insurgente augurio."

Trastrueque también en la función de las palabras, los adjetivos me parecen a veces los sustantivos en desmedro de su función institucional. El adjetivo es la coyuntura, el valor transitorio, pero también



Waldo Rojas, *Deber de urbanidad*, Santiago de Chile, Lom Editores, 2001.

la constancia del epíteto, un residuo épico en la falaz inconstancia del discurso lírico. Leo una nostalgia furtiva, clandestina, quizás nuestra propia nostalgia, que produce temas aparentemente intercambiables, generacionales. (Cf. Rolling Stones o los Cantos rodados de Manuel Silva):

"Pretenden, pétreas, rodar fuera del alcance de mi olvido, a la hora de ese musgo espeso que cría mi memoria inmóvil." (p.7)

Reincide en la lectura de las piedras, metonimia de las ruinas, pero también de la ciudad y, por ende, de su historia

en la que río, murallas y puentes, también las palabras:

"Ceden a los trueques torpes de los encuentros fortuitos. Reanudan a espaldas nuestras las alianzas del agua que destrenzán.

Han debido cruzar por el vado las épocas nonatas". (p. 27)

También, eso sí, un testimonio urbanístico válido para el arquitecto o el arqueólogo de mirada furtiva que es el turista, un más allá o más acá de su validez como experiencia poética y de otras por ahora insondables resonancias, su pasión por el acertijo.

Walter Hoefler